

PT 2474
.S8
A4818
1889

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE LIANL
FONDO
LITERATURA



CUATRO PALABRAS

DEL TRADUCTOR

HAY autores cuyo ingenio admira, pero cuya personalidad privada no interesa. Diríase que existen en cada uno de ellos, dos seres distintos y con vida independiente y propia, el hombre y el escritor, sin que en ningún caso influyan en las obras de éste, ni el carácter, ni las impresiones, ni las vicisitudes de aquel. Otros hay por el contrario que no inspiran tan sólo admiración sino también cariño, porque pródigos de sus tesoros, naturales, espontáneos y sinceros, muestran al par la alteza de su ingenio y la hermosura de su alma. Para estos se guarda aquella curiosidad y veneración que despiertan en el ánimo los más insignificantes pormenores de su vida; estos son los que sugieren el deseo de conocerlos y tratarlos como amigos. Aun sin conocerlos nos pa-

rece haberles tratado. La lectura de sus obras suena en el oído como una confidencia íntima, y a través del tiempo que quizá los arrebató para siempre, á través de la distancia que los separa de nosotros, habla su voz en las mudas páginas del libro y nos acompaña en la soledad, nos consuela en la aflicción, nos eleva y engrandece con las más nobles emociones.

El insigne Schiller pertenece al número de estos escritores privilegiados; pues como siempre consagró su inspiración elevadísima á enaltecer con los hechizos de la poesía cuanto hay de noble y sublime, y al propio tiempo de esencial é inmutable en la naturaleza humana, nadie que sienta el valor de los más grandes afectos y pasiones dejará de estimarle hondamente, ni se hará fuerza en atribuirle las mismas cualidades que tanto enalteció. ¿Quién ha leído jamás sin enternecimiento y sin entusiasmo la célebre canción de la *Campana*, quizá la mejor de la lírica moderna? Fúndense y armonízanse en ella profundos conceptos con imágenes vivas y pintorescas y delicados rasgos de exquisita sensibilidad; pero todavía sorprende más que tan brillantes dotes la aspiración generosa y humana que anima la composición entera, la honda simpatía que siente el poeta por el hombre, y que le mueve á describir y embellecer lo que todos aman, á cantar con melancólico é inspirado acento nuestros destinos, y cuanto es causa de grandeza y bienestar moral.

Con esto queda indicado, á mi juicio, lo que hace estimable á Schiller, y también lo que caracteriza sus obras, principalmente las dramáticas. Moralista y filó-

sofo, tal vez más que poeta, viendo en el teatro una institución social, consideró la misión del autor dramático como sacerdocio artístico. En el prólogo á su tragedia *La Novia de Mesina*, escribió: «No conozco vocación más elevada y grave que la que tiene por objeto regocijar á los hombres.» Para obedecer dignamente á ella, se propuso siempre en sus últimas obras hermanar la mayor belleza artística con la mayor belleza moral; consorcio pocas veces alcanzado sin que perdieran sus fueros una ú otra. Schiller lo alcanzó porque la moral de sus obras, lejos de ser convencional, mezquina y negativa, atenta sólo á sofocar y reprimir, es positiva y vigorosa y dirigida á promover el ejercicio de las fuerzas del alma en la lucha de las nobles pasiones con las viles y rastreras, con las preocupaciones sociales, con los golpes de la suerte. Su musa es la musa de la dignidad y el libre albedrío. «El cristianismo en su forma más pura—escribía á Goethe—no es otra cosa que la belleza moral, la encarnación de lo santo y lo sagrado en la naturaleza humana, esto es, la única religión verdaderamente estética.» La estética de esta religión fué la que inspiró sus tragedias. Así basta observar que en ellas los caracteres juveniles suelen ser los más interesantes, pues la edad del entusiasmo, de la generosidad, del heroísmo y las ilusiones, le atrajo mas que otra alguna, como que sus pasiones son las que más amó y sintió más hondamente. El soñador Marqués de Posa que se sacrifica por la libertad de un pueblo y la dicha de un amigo, el fanático y apasionado Mortimer que da la vida por

su reina, el heroico Max Piccolomini que no pudiendo sobrevivir a la deshonra corre al encuentro de la muerte en el campo de batalla, parecen otros tantos ejemplares de aquel tipo humano al cual infunde el autor el soplo de sus propias aspiraciones. En sus obras surge siempre lo patético como resultado de la lucha entre lo magnánimo y bueno, y la crueldad, la falsía, ó la opresión. Lucha Carlos Moor en *Los Bandidos* con los vicios de una constitución social mezquina y estrecha; lucha el amor desinteresado y puro con las preocupaciones sociales en *Luisa Miller*; la aspiración generosa á la tolerancia y la libertad, con el receloso despotismo de Felipe II en *D. Carlos*; la inocencia y dignidad de María Estuardo con la envidia y la hipocresía de Isabel; y gime el pueblo de Guillermo Tell bajo la grosera tiranía de un señor orgulloso, y perece Wallenstein y con él la ambición fascinadora del talento y la fortuna, víctima de las intrigas y recelo de los suyos.

En la exhibición de tan hondos conflictos, no cabe mayor grandiosidad de la usada por Schiller. Sus dramas más que tales son poemas, pues no son tan sólo el hombre y sus particulares destinos el objeto de su inspiración, sino las sociedades y sus pasiones, siendo tan múltiples los elementos de que se vale el poeta y tan visible el esfuerzo de que concurran todos á la obra, que así parecen detenidamente estudiadas las figuras de primer término, como el vasto fondo del cuadro en que se mueven. No hay drama suyo que no enseñe tanto en orden á la vida de los pueblos, y á

la época de la acción, como en orden á los incidentes concretos de la misma. En la gran trilogía de *Wallenstein* y en *Guillermo Tell*, por ejemplo, todo un pueblo interviene como actor. La misma naturaleza concurre al efecto dramático en la última obra. No hay duda que parecen más comprensibles y poéticos las costumbres y móviles de aquella tribu de pastores, más sublime su actitud, más conmovedora su suerte, cuando se tienen á la vista los ventisqueros y las nevadas cimas de los Alpes. Muéstranos de tal modo el fondo del alma, que el autor no descuida el invisible influjo del hábito, el paisaje, las condiciones de la comarca. Esto en cuanto al conjunto, pues en cuanto al desenvolvimiento de la acción concreta, Schiller es maestro en el arte de preparar las situaciones, atar y desatar los hilos de la trama y presentar á los personajes bajo su verdadero punto de vista, aun antes de que salgan á la escena. Aunque á veces la acción se desarrolla con visible lentitud y el autor se concede tiempo y espacio de sobras, no son perdidos éstos para el espectador. Los dramas de Schiller, particularmente los de su última época, están compuestos con tal perfección, que no huelga en ellos una frase sola, y viéndolos se asiste á la vez al drama visible y al drama íntimo en el corazón de los personajes. Tal ocurre en *María Estuardo*, donde la rivalidad en la hermosura y el amor entre dos mujeres, alimenta en secreto la rivalidad política de dos reinas, sin que apenas se miente la primera y no por esto sea menos clara y resorte oculto de todo, aun de las menores pa-

labras de los cortesanos; donde la perfidia é hipocresía de Isabel se trasluce siempre cuando mayor es su generosidad, sin necesidad de confidentiales declaraciones ni de inverosímiles apartes y largos monólogos (el único que hay en boca de Isabel se halla en las últimas escenas); donde la acción corre á su desenlace natural y fatalmente y cuando más parece alejarse de él; donde se logra inspirar la más profunda piedad por la víctima, al tiempo en que se manifiestan sus pasados crímenes, y según el preconcebido intento del autor, ésta aparece como un sér pasivo condenado á excitar toda suerte de afectos en torno suyo, y á ser causa de su propia pérdida con sus propios hechizos y virtudes; donde, en fin, figuran caracteres tan magistralmente trazados como el de lord Leicester, que es también de los que da á conocer claramente lo que calla por lo que dice. De Schiller se ha repetido que sus caracteres eran entidades metafísicas, encarnación de ideas abstractas; mas si este cargo puede parecer justo cuando se refiere á los de sus primeros dramas, acuden á la memoria como objeción á él los de las obras de la última época del autor; el que acabo de mentar, por ejemplo. Un carácter complejo como aquel, supone vivo conocimiento de la realidad, y raro vigor y exactitud en la copia, porque sin ellos no resaltarían de tal modo la pusilanimidad y astucia del palaciego, siempre vacilante, siempre atento á dominar sus pasiones temeroso de perder su fortuna, hábil en defender ante un soberano á su propio rival, afectando servirlo mejor cuando más se opone á sus

secretos designios, y taimado hasta el punto de saber colocarse en situación ambigua para inclinarse del lado del que venciere y participar en todos los casos de la victoria, como recompensa debida á sus esfuerzos.

He pretendido resumir hasta aquí, con la mayor brevedad, cuanto caracteriza las tragedias de Schiller; mas no creo posible de igual modo dar idea de la intensidad de pasión que las anima. Este es el soplo vivificador de toda obra de arte que no puede ser descrito ni ponderado, si no es poniendo á la vista la misma obra, ó algunos fragmentos; lo cual sería aquí inoportuno porque el lector va á volver la hoja, y á juzgar por sí mismo. No recibirá sin embargo la misma impresión del original, por varias y poderosas razones, bien fáciles de comprender por cierto, y de las cuales apuntaré una sola, y no la más importante, para terminar. El estilo de Schiller en sus tragedias es siempre noble y elevado como su fondo. Schiller gusta de usar cierta amplitud rozagante y pomposa en la expresión, de la que él mismo pretendía sincerarse considerándola la más propia para que reinara en el conjunto «cierta agradable tranquilidad aun en las más apasionadas situaciones.» Ponia en boca de sus gigantescos héroes lenguaje adecuado á su grandeza, el cual no recuerda ciertamente el enfático y convencional de los trágicos franceses, pero tampoco la grata crudeza de Shakspeare. Semejante estilo, en el original y en verso, es bellissimo; en la traducción y en prosa, puede parecer en ocasiones declamatorio. No digo esto para excusar mis faltas. El traductor sabe

que no ha de reclamar para sí ninguna gloria, y se halla hartó recompensado con el honor de repetir en nuevo idioma los penetrantes acentos de tan poderoso genio.

JOSÉ YXART.

GUILLERMO TELL

Dibujos de *Antonio de Werner*, grabados en boj por
R. Brend'amour y *A. Closz*.
